

Malestar en la cultura y adolescencia.

Departamento de niños y adolescentes.

Sabemos desde Freud que el desarrollo del individuo está centrado en la resolución y posicionamiento de la situación edípica, es decir, en el deseo de gratificación por parte del niño y la frustración de dicho deseo, como así también en la resultante identificatoria y el tipo de elección de objeto que de la misma resulta.

A dicha resolución planteada por Freud, autores como M. Klein y Bion le aportaron el deseo del niño de conocer y como derivado de dicho proceso, la emergencia de confusiones, incertidumbres y ansiedades

Al finalizar tomaré algunas de las ideas de Meltzer, con el fin de intercambiar con Uds. sobre el malestar en la adolescencia.

Dicho autor se ocupó de ampliar las ideas Freudianas desarrolladas en el artículo “el malestar en la cultura”. Allí Freud conceptualizaba “el malestar” como la consecuencia de la “represión de los impulsos de amor y odio”, derivados estos del I. de muerte, represión llevada a cabo, para poder vivir en la cultura.

En este punto quisiera recordar algunos aspectos de un artículo que escribió Santiago Kovadloff, que recientemente he leído.

Comenta que Oscar Wilde visitó Nueva York a fines del siglo XIX.

Un grupo de admiradores le hizo conocer, en esa ocasión, un flamante invento: el teléfono. Se le explicó que, si lo empleaba, podría hablar a Boston en un par de minutos. O. Wilde dejó correr su mirada por el extraño aparato. Luego, se volvió hacia sus anfitriones y les preguntó. "Y díganme, podemos hablar, pero - -, ¿hablar de qué?"

O. Wilde había sentido en ese momento, una disparidad profunda que el siglo XX no haría más que acentuar: la disonancia entre la creciente posibilidad técnica de tomar contacto con los otros y la no menos creciente dificultad para poner en juego, en ese acercamiento, la propia emocionalidad y subjetividad.

Hoy en día, este contraste se ha agravado hasta convertirse en una contradicción, la que supongo, tiene que ver con el tema del “malestar”. De ella proviene, comenta, en buena medida la crisis de valores en la que hemos caído. Una crisis que, hace tres décadas, el filósofo socialista Edgar Morin (civilización y barbarie (2005) , Donde va el mundo ¿ (2007) supo reconocer: "Nos encontramos en un mundo que se nos presenta a la vez en evolución, en revolución, en progresión, en regresión y en peligro. Vivimos todo eso al unísono. Y nuestra incertidumbre consiste en no saber cuál de estos términos será, finalmente, el decisivo".

Entre esos bienes mermados por el descrédito, el de la identidad personal es uno de los más afectados y este quiero resaltar, en especial en la adolescencia por su particularidad, aunque reconozco que se extiende o puede hacerse extensivo a todas las edades.

Nada parece más difícil que derrotar los enmascaramientos que operan como sucedáneos de identidad en el esfuerzo tantas veces patético y que vemos cada día, por alcanzar alguna forma de protagonismo personal. Paradójicamente, el relieve público logrado por lo irrelevante no puede ser mayor. La pobreza expresiva y la experiencia insustancial han alcanzado su hora de gloria en los medios masivos de comunicación. Ya no se trata sólo de la menguada calidad subjetiva de lo que se dice, sino del nuevo estatuto público cobrado por lo intrascendente.

Pero no sólo la vulgaridad y la mediocridad contribuyen al auge de lo irrelevante. El sentimiento de inconsistencia subjetiva cuenta, además, con otras herramientas para transformar su miseria en presunta virtud. A lo soez, concebido como paradigma de autenticidad comunicativa, se acopla en nuestros días la arremetida aluvional de lo privado sobre lo público; un repertorio de costumbres agresivas cada vez más afianzado que violenta y echa por tierra la creencia de que los espacios compartidos con otros exigen cierto recato personal, alguna discreción.

Hoy, los bares y restaurantes, por no referirme sino a lo más a mano, son auténticas zonas liberadas a la adicción telefónica y televisiva. Llamadas realizadas o respondidas por celulares a viva voz, por no decir a los gritos, convierten esos lugares, otrora gratos, en auténticos vaciaderos informativos. Desde cada mesa se arroja hacia las demás un alud contaminante de noticias, opiniones, órdenes y contraórdenes, lamentos y fervores, que no revisten interés más que para aquel que lo recibe o emite.

Algo de esto tiene que ver con el malestar adolescente en la cultura actual. La falta de consistencia del self y de la identidad, que causa angustia y lleva a la superficialidad, la vulgaridad y mediocridad. Esta aparece reflejada en lo que llamamos y antes mencioné, “la inconsistencia del self”, reforzada y consolidada por los medios tecnológicos actuales, donde surge la primacía de lo visual, lo sensorial, la superficialidad, como reacciones o defensas maníacas, ante el mundo llamado por Meltzer: “adulto” o que nosotros podemos pensar como mundo adulto.

Todo ello en un mundo donde las relaciones objetales, expresadas entre otras cosas en la fragilidad de los vínculos, o ligámenes amorosos, donde la falta de consistencia predomina como fenómeno social o cultural, unido a la fugacidad y celeridad de las vivencias. La vida vivida casi como un video clip, o impulsada en la falsa sensorialidad de la droga, entre otras cosas. Todo ello en reemplazo de lo que hemos leído en otros momentos, en los viejos trabajos de Arminda Aberastury, entre otros, de los procesos de duelo, es decir aquellos tres viejos duelos a transcurrir, que esos autores habían descripto.

Por ello resalto los 3 mundos que Meltzer describe transcurren los adolescentes:

El mundo adulto, en el que pretenden entrar, el de los niños que anhelan dejar y el mundo de la adolescencia.

Recordarán que el mundo adulto, en la visión del adolescente, aparece como un mundo político y con un sistema de clases: los adultos vividos como si tuvieran el poder, todo el conocimiento del que ellos carecen y además el control del mundo, por poseer una organización aristocrática, destinada a mantener y ejercer el poder.

Los adultos vividos como estafadores hipócritas y los adolescentes como esclavos o siervos. O la idea que los padres lo tienen y lo saben todo, es decir vividos como dioses.

Pero me pregunto si estas ideas las mantenemos o sostenemos en la actualidad. Dice Meltzer, el adolescente esta preocupado por conocer y comprender. Se mantiene esta idea ante la omnipotencia y omnisciencia actual, apoyados en la tecnología, que “acorta distancias, tiempos y procesos ¿

Según menciona Meltzer, la sexualidad es el eje del poder adulto, de la situación autoritaria, del acceso a todos los aspectos materiales del mundo, así lo creen los adolescentes; entonces de allí su reacción y aparentemente único interés, el apoderarse y apropiarse de todo eso, ejerciéndolo en la actualidad como una “cosa” carente de contenidos emocionales, además de apoderarse supuestamente de todo el “saber“. Logrado esto en su fantasía, como una usurpación de los contenidos totales, supuestamente depositados y contenidos en el pecho materno, es decir apoderándose en forma omnipotente y omnisciente de todo el conocimiento y el poder, pero realizándolo en general en forma intrusiva, es decir no respetando los lugares, los procesos y los orificios y esfínteres naturales, que si bien Meltzer esto lo plantea acontece en el niño con la adquisición del lenguaje, yo creo que emerge en los adolescentes con el apoyo en la tecnología actual y en el “uso de la sexualidad y sensorialidad”.

Finalmente plantearía entonces que el problema central es la **crisis de identidad del adolescente**. Esta es expresada en lo que llamamos el “malestar” y desplazado a lo generacional pero donde gran parte de las reacciones antes planteadas surgen como defensas maníacas y omnipotentes ante sus objetos, pero expresados, como señalé, no como conflicto personal o grupal, difícil de tolerar, por el “dolor mental”, sino como “malestar” o conflicto generacional.

-
-
-
Dr. Luis M. Minuchín
-

luismariominuchin@gmail.com